

# Niño problema

Por Gabriela Jaque  
(gabyjaque55@hotmail.com)



En mi primer año como maestra me asignaron la materia de Inglés a segundo de Básica. En una de mis clases, había un “niño problema”. Ese es el término con el que algunos maestros se refieren a los estudiantes que no presentan deberes ni trabajan en el aula, pasan parados o jugando. Casi todo el año, este niño cumplió a cabalidad su rol de “niño problema”. Eran muy pocas las veces que lograba que se enganchara con una actividad o que abriera su cuaderno para copiar algo.

Uno de los últimos temas que debía dar en el año era vocabulario sobre ropa: pants, shirt, shoes, socks... Para hacerlo, le pedí al subdirector que me prestara dos uniformes pequeños que siempre estaban colgados en la cartelera de mi escuela. Eran del tamaño de una hoja de papel. Yo tenía cuatro paralelos diferentes de segundo de Básica, y utilizar los uniformes pequeños dio muy buen resultado con ellos.

En el paralelo de este niño, sus compañeros se entusiasmaron cuando vieron sus uniformes, en miniatura, pegados en el pizarrón. Les pedí que los dibujaran y se-

ñalaran cada prenda de ropa con su nombre en inglés. Me senté en la parte trasera del aula. Los niños sabían que debían terminar la actividad y acercarse para que les pusiera un sello de flor en su cuaderno.

Como era usual, a los tres o cuatro niños que copiaban rápido les tomó muy poco tiempo terminar, pero esta vez hubo alguien nuevo en el grupo de los primeros. Mi “niño problema” se acercó con su cuaderno abierto, para que le sellara la actividad terminada. No eran los mejores dibujos y tampoco había escrito correctamente todos los nombres, pero mi sorpresa fue tal, que sin pensarlo dos veces le sellé el cuaderno y le dije: “¡Muy bien, Pablo! Dame un abrazo”. Su rostro en ese momento fue una imagen que, sin importar cuántos años pasen ni cuántos estudiantes tenga, jamás podré olvidar. Su rostro iluminado me decía que debía ser una de las pocas veces que alguien le había felicitado o le había ofrecido una muestra de cariño.

Como “niño problema”, lo que escuchaba la mayoría del tiempo eran quejas y reproches. Pero en ese momento, ambos

estábamos tan gratamente sorprendidos por las acciones del otro, que ese pequeño y corto abrazo fue uno de los más sinceros que he recibido en toda mi vida. Y lo bueno es que la historia no acaba ahí. En las pocas semanas que quedaban del año escolar, Pablo empezó a trabajar en mis clases. Cuando pasaba por su puesto, me decía: “Mire, teacher, ya estoy copiando. ¿No es cierto que ahora sí estoy haciendo las cosas?” Aunque la felicidad me llenaba el pecho cada vez que lo veía trabajando, descaba haberme dado cuenta antes que lo único que ese niño necesitaba eran palabras amables y un poco de cariño.

A veces siento que las aulas se han vuelto campos de batalla, los estudiantes contra el profesor y el profesor contra los estudiantes, buscando medir fuerzas a ver quién gana. De lado y lado se nos olvida que no estamos aquí para competir, sino para aprender del otro. Yo sé que de Pablo aprendí a ser amable sobre todas las cosas, sobre todo si estamos tratando con “niños problema”, porque ellos son quienes más nos necesitan.